

GEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta: Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

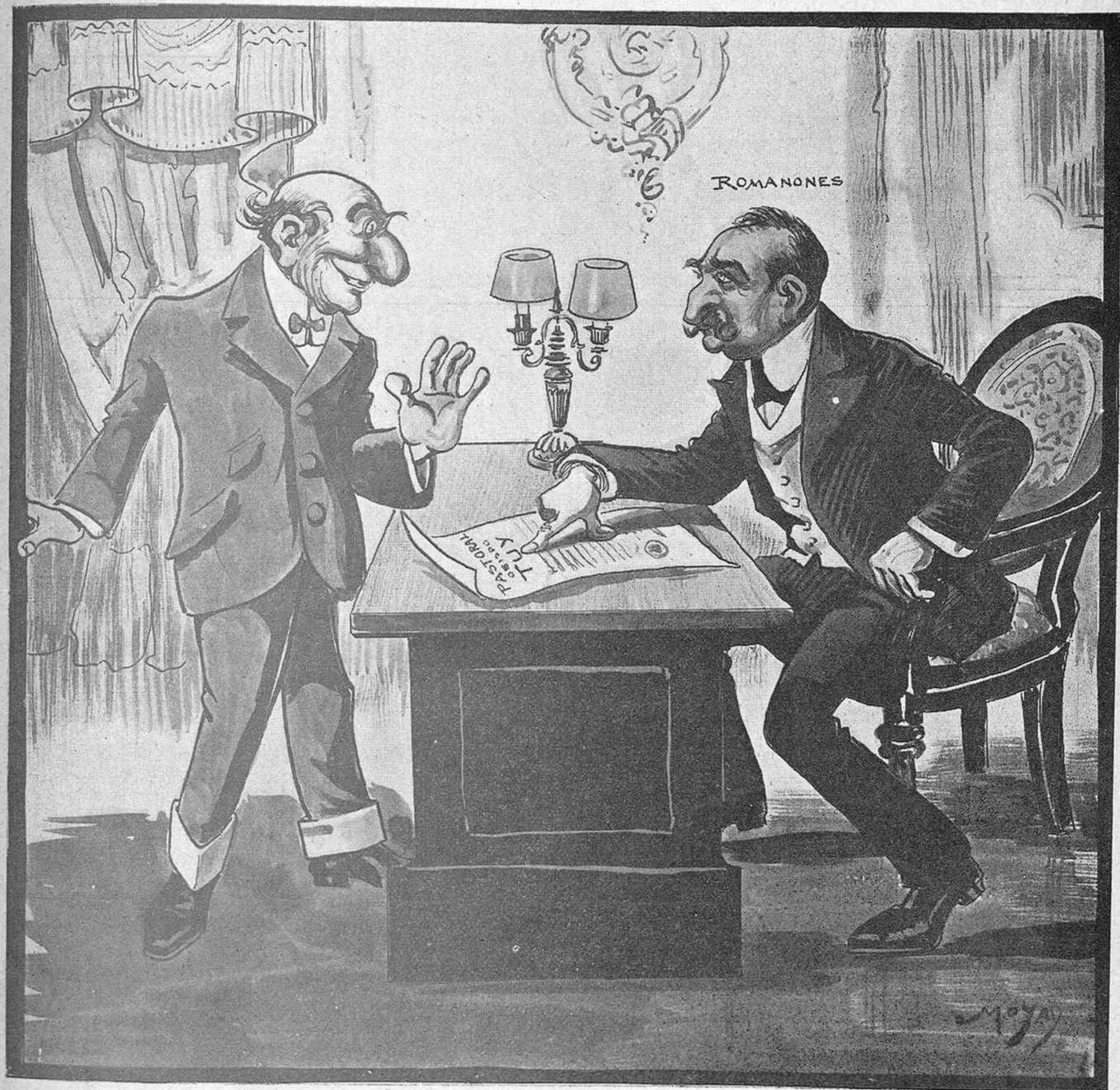
NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 55

ANO XII

MADRID, DOMINGO 16 DE SEPTIEMBRE DE 1906

NUM. 564



UNA VISITA

GEDEÓN.—EXCELENTISIMO SEÑOR... VENGO A HABLAR A V. E...
ROMANONES.—ADELANTE, GEDEON, Y APEE EL TRATAMIENTO...
GEDEÓN.—¿QUIERE USTED QUE LE HABLE DE TU-Y?



ANUNCIOS INCOBRABLES



CANCER

El tratamiento radical activo es el único que ofrece garantía de curación. Antes de decidirse á cortar por lo sano debe ensayarse en las Pastorales, porque la inacción rara vez ofrece resultados; el cáncer casi siempre se reproduce, en tanto que con la radicaloterapia activa, la curación es completa. Aunque con la aplicación de los parches de R. O. parece notarse algún alivio, este tratamiento es inofensivo para el mal: el único conveniente es el que se empezó á emplear en las grandes clínicas de Wald ck Rousseau, Combes, Fallières, etc. Dicho tratamiento asegura, però no lo creemos, que le va á administrar en su establecimiento de Gracia y Justicia el

Doctor Alvaro Figueroa

ANCHA DE SAN BERNARDO

Horas: á la caída de la tarde.

¡GRATIS AL BRASIL!

Sacando previamente un riñón á los emigrantes que se dignen visitar nuestra AGENCIA, única en su clase para el TIMO por el procedimiento del embarque.

JOSE MARIA Y COMPAÑIA

2, SIERRA MORENA, 2

POR FIN DE ESTACION

realizamos muy barata una partida de procedencia carlista que se acaba de recibir en Barcelona.

La ponemos en cualquier pueblecito del interior, libre de gastos, si hace falta.

GRAN TALLER DE MODAS

¡VÁLGAME DIOS, ¡ SENCILLO!

En este GRAN TALLER SE DAN LECCIONES para la confección de toda clase de presupuestos exteriores y para uso particular, con gran economía y DÉFICIT á ser posible.

SE DAN FACILIDADES en la enseñanza de materias económicas para la persona que tenga que ejercer fuera de su ministerio.

SE VENDEN PATRONES Y OBREROS de las últimas huelgas.

SE CORTAN Y PREPARAN Tratados comerciales con prontitud.

Se mandan patrones á provincias y se recomponen toda clase de presupuestos antiguos, sin otra cosa que mandar lo que puedan para la contestación á DON JUAN NAVARRORREVERTER, director del

GRAN TALLER DE MODAS

¡VÁLGAME DIOS, ¡ SENCILLO!

COLEGIO DE SAN IGNACIO

DE PRIMERA Y TRISTE ENSEÑANZA

Brillantes resultados obtenidos en cursos anteriores. Completo material de enseñanza por todos los sistemas. Gabinetes políticos, de Historia natural y de mucha Historia. Espacios locales, etc., etc. De este colegio, montado por la Compañía de Jesús, salen discípulos muy aventajados, con licencia del Kaiser.

SE HABLA ALEMÁN

EMBAJADORES PARA EL VATICANO

ACADEMIA PREPARATORIA

Dirigida por el antiguo ministro de Estado

DON PÍO GULLÓN

Alumnos internos, externos y á media ración

Se remiten instrucciones—que buena falta hacen—y prospectos detallados á todos los que no soliciten nada.

ENFERMEDADES INFECCIOSAS

Su curación no es rápida ni decisiva, aun habiendo empleado con éxito al principio el ESTRADA PALMA, extracto de una planta cubana que se da muy bien—ahora no tanto—en aquel clima.

Los más eminentes médicos norteamericanos aseguran que estas ENFERMEDADES INFECCIOSAS que han vuelto á reproducirse en la Manigua como hace algunos años, son de difícil curación como no sea ANEXIONANDO al individuo que las padece con un yanqui de buen aspecto, sano y robusto.

El ESTRADA PALMA resulta completamente inofensivo, aun en grandes dosis, y no sirve ni como preservativo una vez que los amigos de Monroe han manifestado su intervención.

El remedio está en la salvadora doctrina norteamericana: AMERICA PARA LOS AMERICANOS y TODO LO QUE BUENAMENTE CAIGA.

Pídase la anexión en todos los boníos y poblados de la isla de Cuba.

CARTAS DE QEDÉÓN



La Granja, 14 Septiembre.

¡QUIÉN FUESE BLASI

Resumamos, querido Calínez.

Heme aquí, ¡gracias á Dios!, en este hermoso Real sitio, bajo un plátano casi sin hojas y junto á una fuente que no corre, reflexionando melancólicamente que el verano se nos va á Pepe López y á mí, sin que ninguno de los dos hayamos vuelto de nuestras respectivas apoteosis.

¡Cuántos y cuántos veranos como éste han visto pasar los españoles, ya mandaran los conservadores, ya cobrasen los liberales! Veranos sin cosecha para el país; veranos de mecedora ó de kilométrico gubernamentales; veranos de siesta perpetua en el Poder, durante la cual ni siquiera ha cambiado de puesto D. Martín Rosales.

Mentira parece, amigo mío, que aún en España se formen Gabinetes de verano como se confeccionan trajes estivales de *cake*, porque si bien lo consideras, para nuestros políticos todo el año es verano, todo el año es *cake*, un poco más ó un poco menos amarillo, ó como diría Leopoldo Cano, gualdo.

Mas ahora bien, ¿qué tendrá dentro López cuando el frío apriete y silbe el viento de Guadarrama, que no haya tenido, ó por mejor decir, que haya tenido mientras Dávila se deshacía á chorros bajo la bola de Gobernación, como en la anaquelera de la despensa se rezuma un queso debajo de otro?

¿A qué concederle el tercer entorchado de presidente del Consejo de Ministros de rayadillo, si en estío y en invierno el buen señor no sirve ya ni para ir á Melilla ni á su casa si no le llevan en una camilla con las manos debajo del tapete firmando las nóminas de sus pingües sueldos?

¡Ah, Calínez, me siento otoñal; la sombra de ese plátano sin hojas que me cobija y el silencio del agua de esa fuente que no corre, infiltran en mi espíritu melancolías, añoranzas, vaguedades, misterios...!

Donde quiera que dirijo la vista, atalayo tristeza, avizoro ruinas. Aquí todas las mujeres se me antojan chatas, todos los hombres huesudos y exangües como aquel triste Alonso de Quijano, predecesor de este

otro triste Alonso que deambula por los solitarios paseos harto de oír música clásica y de sacar cuentas que no salen.

Yo no sé qué tamo sutil de cosas agostadas, qué vaho ó polvillo de rastrojo se me ha metido en el pecho, pero por más que quiero elevar el corazón á la esperanza, una angustia otoñal se adueña de mis entrañas y me siento melancólico y nostálgico como aquel pobre rey fundador de estos palacios y primer paseante tedioso de sus magníficos jardines.

Esta mañana he contemplado el desfile de una cabalgata en *blases*. ¿Querrás creerme que á muchos de los que figuraban en ella les he visto yo, ó mienten mis ojos, en el Salón de Conferencias, en los despachos de los ministerios, en los mismos escaños de la representación nacional? Entonces no se llamaban *Blases*, sino Juanes, Pedros, Josés, Manueles, y al encontrarles bajo distinto nombre, en esta nueva encarnación, tal vez más gallardos y más vigorosos que cuando contribuían á salvar la patria, un fugaz movimiento de alegría ha sacudido mi otoñal espíritu. ¡Gracias á Dios, he pensado, que dieron con su destino! ¡Gracias á Dios que al fin sirven para algo estos inútiles políticos de ayer, trocados hoy en resistentes *Blases*!

Y un afán infinito de ser Blas se ha apoderado de mí, ¡oh, Calínez!

Sí; prefiero mil veces ser Blas, á ser Bernabé; es más corto y más intelectual el primer nombre que el segundo. Aparte de ello, si tú y yo, amigo mío, fuéramos *Blases*, ya no nos preocuparían más que las verdes praderas ó las bien medidas raciones de alimenticio grano.

Ignoraríamos las ambiciones seniles del hombre de Crimea, que no ha querido dejar este miserable mundo sin que la nación le contemple en la cima de la Presidencia del Consejo de ministros carraspeando democracia, como si el ser presidente del Consejo de ministros le atribuyera algún mayor título á la consideración ó al afecto de sus descuidados canarios.

¡Cuanto más debería de satisfacerle, como me satisface á mí, el llegar á Blas, ya que él está muy cerca por sus carnes de ser también punto redondo! Pero, ¡oh, monotonía de la vida!, ¡oh, insubstantialidad de nuestra existencia!; aquí todo el mundo sueña con ser presidente del Consejo, y nadie ambiciona ni colige los secretos encantos de ser Blas, únicos, Calínez, dignos en realidad de loa y de deseo.

Para hacer lo que han hecho Pepe en la Presidencia y los demás consejeros en sus departamentos respectivos, ¿no estarían mejor trepando por escarpadas sendas á los ingentes montes, con una muchachita en los lomos y verde y apetitosa hierba en las tendidas praderas de descanso?

¿Y en qué se hubiera conocido la diferencia de que nos gobernarán ó nos subiesen á Peña Lara ó Siete Picos? Ponte la mano sobre el corazón y respóndeme: ¿Qué beneficios sientes tú como español, como demócrata, como hombre amante del progreso y de

la luz, desde que nos gobiernan los cuatro hombres de este orondo cabo López? ¿Te distraen acaso las inocentes gatadas del travieso Alvarito, que se mueve de risa porque asomándose á la Nunciatura ha gritado: «¡Todos! ¡todos!», como los golfillos madrileños suelen gritar á las lavanderas desde la altura del puente: «¡Todas! ¡todas!»? ¿No te parece, Calínez, que pasó ya la edad de las travesuras inocentes, y que para ser ministro, como para ser Blas, es necesario formalizarse un poco prescindiendo de gritos y desplantes, que ya no conmueven ni á la galería?

Pues salvo esas travesurillas de adulto, ¿qué otras cosas de substancia encuentras en el haber de este Gobierno? Viajes y más viajes; promesas y más promesas, sobre todo, de labios de Amalio Jimeno, ese doctor injerto en hombre público, que, más que médico, parece el anuncio locuaz de un específico sanalotodo. Cinco mil escuelas va á crear de un golpe, con edificios, maestros, carteles y alumnos con el dedo levantado. Escucha sus palabras y verás qué revolución va á producirnos en la Instrucción pública; óyete el magnífico *raconto* de sus planes laicos, acompañado por el contrabajo de la voz de Herrero, y cuando más extasiado te halles, vele cómo desaparece en el tren, camino de Toledo, sorprendido por la noticia de que se hunde el hospital de Santa Cruz, edificio que ya se estaba hundiendo cuando Cheste empezaba la segunda lactancia.

Apuntada la obra magnífica del cardenal Mendoza, invita á Herrero á que dé un ronquido, para probar la resistencia de los soportes y puntales, y torna á contarnos sus planes salvadores, que, ¡oh, dolor!, no comienzan á realizarse nunca.

Prefiero, amigo mío, oír á la Dahlander; canta mucho mejor, cobra menos, y no necesita ni exige que se la bombee tanto.

¡Siempre lo mismo, siempre igual, siempre hombres que dicen, nunca hombres que hacen, y así un año y otro año, manden los liberales ó cobren los conservadores! ¡Quién fuera Blas, Calínez; quién fuera Blas, para sustraerse á ese tedio, á esa desesperante monotonía!

Ahora, como todos los años por esta época, empieza el canturreo de los presupuestos y de la apertura de las Cortes. El ministro de Hacienda dice indefectiblemente todas las semanas á sus colegas de Gabinete que le remitan cuanto antes los presupuestos respectivos. Ellos contestan que así lo harán, que pierda cuidado, y vuelven á dormirse. Un periodista pregunta á López cuándo abrirá las Cortes. «Cuando tengamos preparados los presupuestos», responde el presidente.

El ministro de Hacienda prepara una labor económica de primer orden. Hay que dejarle tiempo para que desenvuelva sus planes financieros, de una gran novedad y beneficiosísimos para la patria. Con este canturreo de presupuestos y armas al hombro transcurren otros dos ó tres meses, y al fin, cuando se abren las Cortes y terminan los fuegos artificiales del debate político, aparece, como todos los años, el presupuesto de Villaverde, con tapas y medias suelas, el cual se aprueba de prisa y corriendo. ¡Gran potencia económica tenía D. Raimundo cuando así se repite á través de las edades! Rindamos cariñoso tributo á su sagrada y viril memoria.

¡Oh, aburrimento! ¡Oh, monotonía! ¡Oh, cansancio! Me siento otoñal, amigo del alma; veo caer algunas hojas tan arrugadas como Abarzuza, y un indefinible tedio de todo lo creado me hincha la boca de bostezos. No hay nada más enervante y fastidioso que la vida política española, ni nada más parecido á una rana que un hombre público de los nuestros. ¿Cuándo dejarán de graznar? ¡Sacudamos el estanque, sacudamos, por Dios, el estanque!

¡Quién fuese bestia, Calínez, quién fuese *blas*, para tener emociones!

Perdóname esta carta tristonera. Pasa Alonso, está lloviendo, estoy llorando. Me siento otoñal y glauco. Te abraza,

GEDEÓN



Cancionero gedeónico

Ya los ministros, dispuestos
á dar fe de su existencia
con la natural urgencia
preparan sus presupuestos.

Tiempo tuvieron sobrado
para hacerlos con reposo,
del estío en el forzoso
paréntesis apreciado;

mas con aquellos calores
y con aquella galbana,
¿quién iba á hallarse con gana
de emprender esas labores?

Hoy que la cosa es urgente,
ya se muestran decididos
sintiéndose acometidos
de actividad sorprendente..

Por su fatiga no escasa
ya el general les bendice..
¡Que están, como aquel que dice,
con las manos en la masa!

Pero aunque con tanto gusto
dan á su trabajo cima,
¡don Juan se les viene encima
para darles un disgusto!

Ellos, á su gloria atentos,
fundamentando su juicio,
piden en bien del servicio,
considerables aumentos;

y él, que los cuartos entrega
pues de las llaves dispone,
á esos aumentos se opone
porque sus bondades niega.

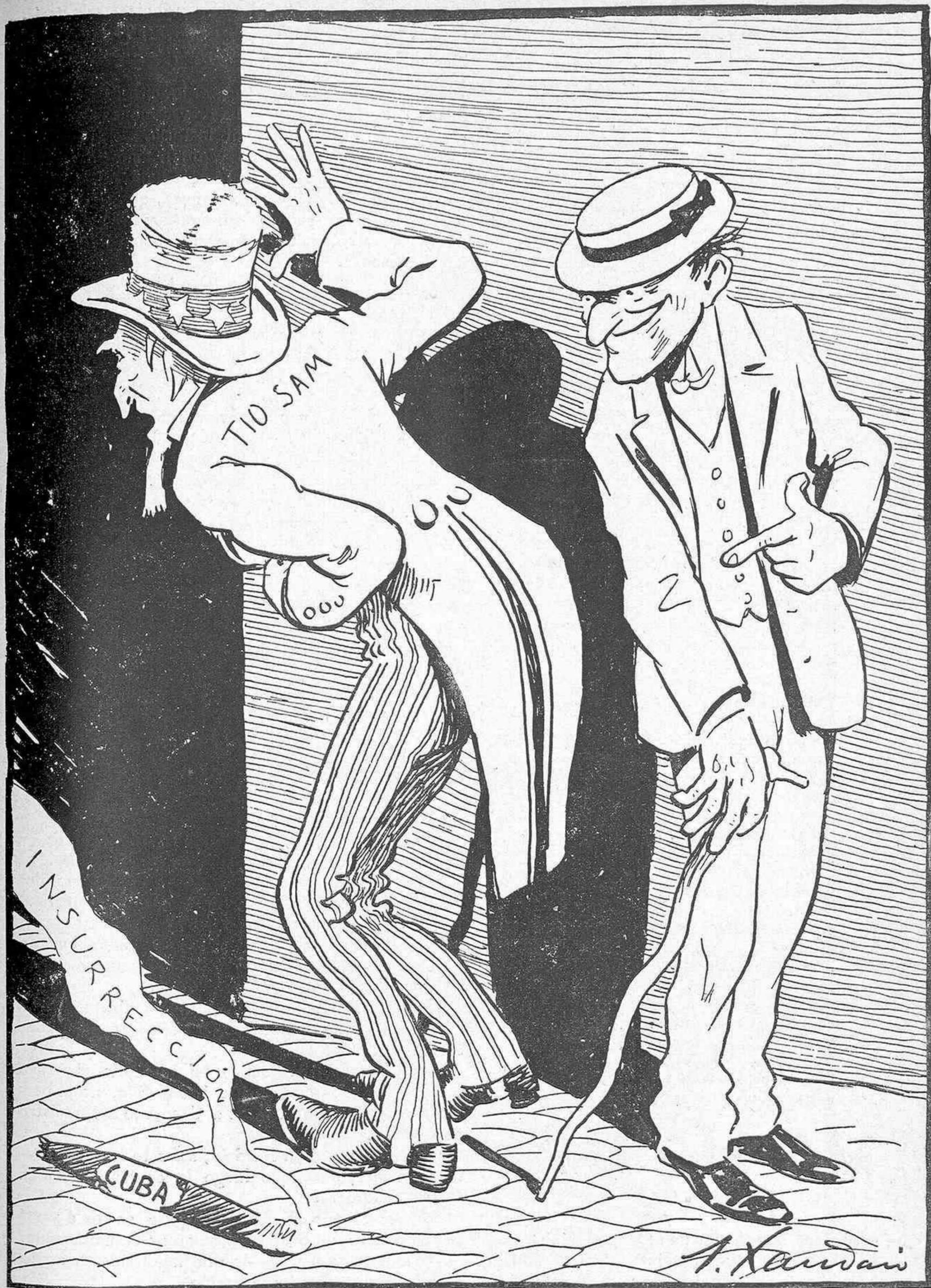
Mostrando un *trop de zéla*
la nivelación abraza,
¡por eso mismo rechaza
todo lo que desnivele!

Y no es fácil presumir
lo que, al cabo, ha de pasar
con tanto y tanto negar
con tanto y tanto pedir..

¡Quiera el Señor que alcancemos
ese nivel que se anhela...!
¡Y ya que se nos nivela,
que todos nos nivelemos!



El buen obispo de Tuy
se ha ido un poco de la *mui*.



¡VAYA UNA BREVA!

EL TÍO SAM. —¿PUF! ¡ME HE MAREADO Y VOY A ECHAR HASTA LAS TRIPAS!
GEDEÓN. —¿NO LE DECIA YO A USTED QUE ESE TABACO ES DEMASIADO FUERTE?

Ha dado una pastoral
algo belicosa... y tal.

En ella, en tono sencillo,
le larga un bombo á Vadillo.

Y furioso en ocasiones,
se mete con Romanones.

Su Real orden cree impía
y una «insigne tontería».

También da palos formales
á todos los liberales.

¡Estos ministros modernos
arderán en los infiernos!

¡Por eso del matrimonio
ya les reclama el demonio!

¡Vaya con don Valeriano
qué apostólico... y romano!

¿Qué hará el Gobierno celoso
con este obispo furioso?

La cosa es entretenida
y algo más que divertida.

¡Un obispo que alza el báculo...!
¿No es un bonito espectáculo?



Volviendo de las maniobras
el invicto general,
tropezó y cayó tres veces,
¡ni una menos, ni una más...!
Así, lacónico y triste,
lo dijo un corresponsal.
Y aunque otros—¡Dios se lo pague!—
quieren el caso negar,
todos los lectores piensan
que aquél dijo la verdad...
La cosa, es claro, no tiene
nada de particular,
ni es para sacarla punta
con cierta malignidad...
¡Todo el que va caminando
se halla expuesto á tropezar
y puede una vez caerse
y dos, y tres... y además
con levantarse en seguida
puede otra vez caminar!
Mas ¡ay! ¿Será un simbolismo
transparente, de cristal,
que se caiga Pepe López
cuando empieza á gobernar...?
Cayóse el hombre tres veces,
levantóse... ¡Menos mal!
¡Dios haga, si cae de nuevo,
que se vuelva á levantar!



NO VA

Con verdadero interés nos ha rogado el ministro de la Gobernación que desmintiésemos la noticia de que pensase ir á San Sebastián para someter á la regia firma algunos decretos importantes.

Nuestro amigo Dávila quiere que así conste de un modo claro y preciso.

D. Bernabé no va á San Sebastián porque no

quiere perder á última hora su principal característica, quizá su única virtud, que tanto le diferencia de los demás ministros, la de no haberse movido en todo el verano de Madrid.

—Ya ve usted—nos decía el bracito derecho del general,—ya para lo que falta de vacaciones no quiero echar ese borrón sobre mi historia. Ese rasgo me salva. Así las generaciones venideras me harán justicia, y siempre se recordará que hubo un ministro en la España de López Domínguez, que supo sacrificarse todo un verano sin menearse de Madrid, mientras sus compañeros se agitaban antes de usarse, continuamente.

Tiene razón don Bernabé,
tiene muchísima razón

como cantan en *La verbena de la Paloma*.

En su historia, á falta de otros méritos, quedará perenne, imperecedero, ese acto enérgico de una voluntad soberana, y sobre la tumba de D. Bernabé no faltará alguna mano cariñosa que inscriba el siguiente epitafio: *Aquí yace D. Bernabé. Fué amigo íntimo de López Domínguez, y no se movió en todo un verano de su ministerio. ¡Qué infeliz!*

D. Bernabé ha soportado como un héroe, la bola del reloj de Gobernación, cayendo sobre su cabeza diariamente al mediodía, durante toda la canícula.

Pero el sacrificio de nuestro buen amigo ha sido muy poco apreciado por los que plumean á sus órdenes, que, naturalmente, han visto con disgusto que su jefe no saliese de Madrid.

—¿Cuándo se va?—preguntaban todos los días los empleados.

—No sé nada—les contestaba muy dignamente el portero mayor.

—¡Qué pelma de hombre! ¡Nos está fastidiando con no irse!—añadía un jefe de negociado de tercera clase, al que D. Bernabé le tiene entre ceja y ceja.

—¡Como que éste no es un ministro! ¡Es una mosca!—decía audazmente un temporero.

—Claro, hombre, ¿qué se puede esperar de un ministro que no va á San Sebastián?—decía uno.

Los que han pasado el gran verano han sido los de Fomento. ¡Ese Prieto sí que es un tío simpático! ¡Ni tres días seguidos ha estado en Madrid!

—¡Así da gusto—exclamaba un andaluz que no hace en el ministerio otra cosa que apuntar todas las letras de los tangos nuevos que oye.

¡Como á D. Bernabé le hubieran alcanzado las maldiciones de sus súbditos, era cosa de compadecerle!

Bueno, pues á un hombre así, que todo el verano se lo ha pasado de ministro inamovible, no le permitieron pasar la otra tarde al despacho del ministro de Marina.

¡Quédese usted en Madrid, sufra todos los rigores estivales, para que luego le confundan con un Pérez cualquiera!

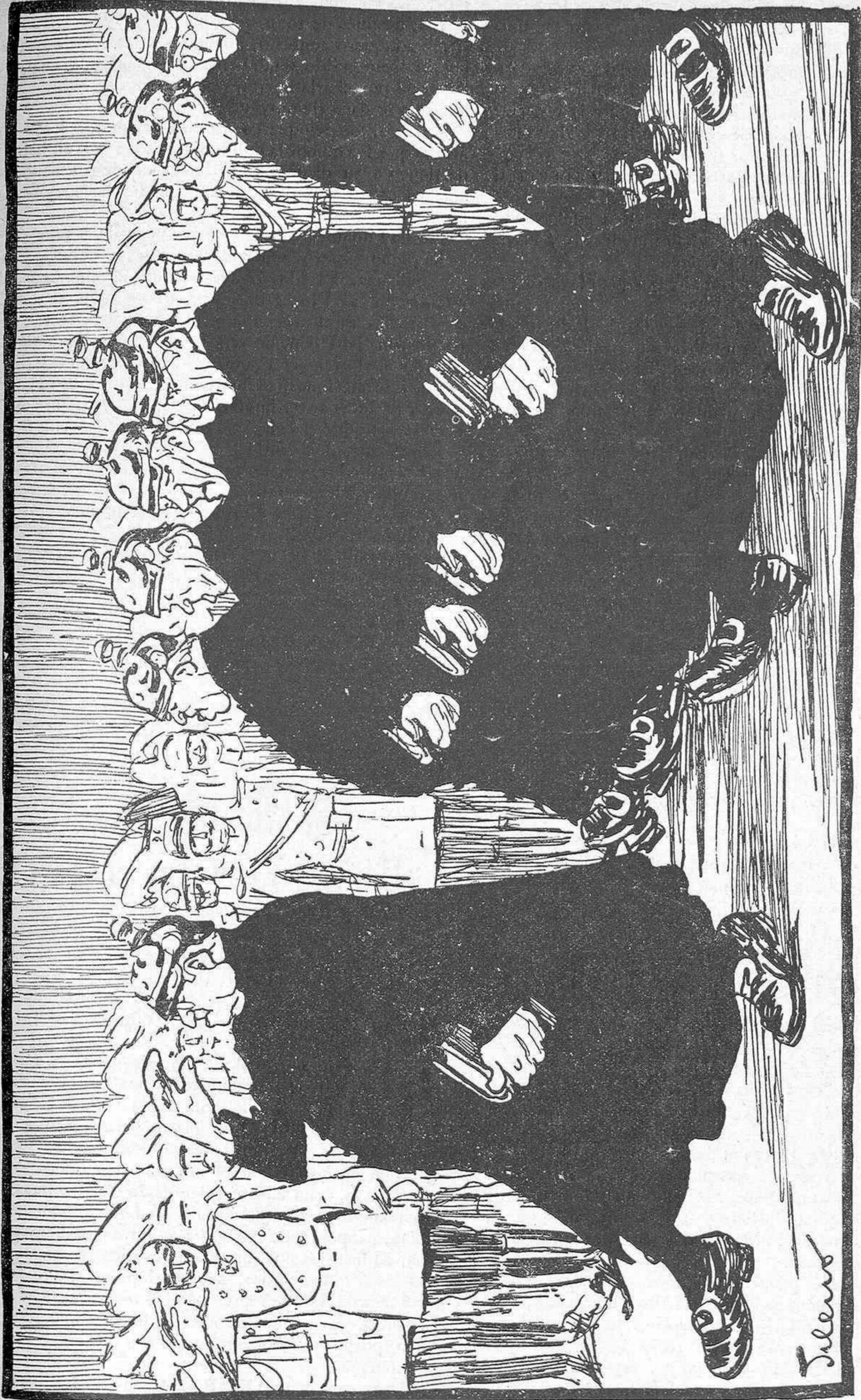
Porque cuando D. Bernabé quiso entrar á ver á su compañero, un ordenanza se opuso resueltamente.

—¿Dónde va usted?—le dijo mirándole de arriba á abajo con profundo desprecio.

—A visitar al Sr. Alvarado.

—No se puede.

—¿Cómo que no? ¡Soy el ministro de la Gobernación!



AD MAJOREM KAISERI GLORIAM

EL NUEVO GENERAL DE LA NUEVA ORDEN DEL AGUILA NEGRA, AL FRENTE DE SU COMPAÑIA... DE JESUS.

Nueva y más despreciativa mirada del ordenanza.
—¡Usted qué ha de ser el ministro con ese tipo que se goza! ¡Usted deliria!

Y si oportunamente no sale Alvarado y saluda á D. Bernabé, con gran asombro del ordenanza, seguramente que éste hubiera concluído, ante la obstinación de Dávila, con darle con el botijo de algún negociado en la cabeza, por terco.

En fin, D. Bernabé pasó adelante, y se puso al habla con el de Marina.

D. Bernabé no sólo es un inamovible ministro de la Gobernación, sino un excelente mediador y suavizador de asperezas ministeriales.

—Vengo—le dijo á Alvarado— á que Navarrorreverter y usted hagan las paces.

—No me lo miente usted—exclamó el de Marina.—Es peor que si me nombrase usted la *bicha*. Ya sabe usted que como buen posibilista soy muy meticoloso; pues bien, ese D. Juan es irresistible, y en cuanto venga D. José, planteo la cuestión de confianza. O él, ó yo.

Además, querido D. Bernabé, no quiero ocultarle que estoy hecho un lío en este departamento; que no sé una palabra de lo que aquí ocurre; que confundo un salvavidas con una salvadera; que hasta el agua de la palangana me causa mareos, y que, en fin, como hombre que soy de tierra firme, estoy deseando desembarcar.

—Pero, amigo Alvarado, y todo eso ¿por qué no se lo dijo usted antes al general?

—Porque recordé aquello de que «el que no se arriesga no pasa la mar», y me metí en la aventura, de la que ya estoy arrepentido.

Y D. Bernabé, falto de más razonamientos, abandonó el despacho, diciendo para su interior:

—Siempre consideré que este hombre acabaría por ponernos en ridículo.

¿Que no sabe, que desconoce los asuntos de su departamento?

¡Valiente cosa!

Pues si todos hubiéramos puesto ese reparo, á estas horas no seríamos ministros.



¡QUE MAS DA!

Un periódico de Londres da cuenta de un curioso suceso.

Un redactor de un periódico parisién, al solicitar una interviú, confundió á Mr. Clarkson, conocido peluquero de Londres, con el ministro inglés John Burns.

El periodista detuvo al peluquero en un bulevar y le preguntó si tenía el gusto de dirigirse á Mr. John Burns. Clarkson movió la cabeza en signo negativo; pero el periodista insistió y preguntóle cual era su opinión acerca de París, del descanso dominical y de la cuestión obrera.

«Yo—dice el propio peluquero—le respondí que me gustaba mucho la capital de Francia; que en Londres somos partidarios del descanso dominical, y que el trabajo es una cosa excelente.»

El periodista, á pesar de las protestas de Clarkson, no quiso darlas crédito, y escribió la entrevista muy

satisfecho de haber hablado con el propio John Burns; después de todo, ¿qué más da?

El peluquero contestó, poco más ó menos, lo que hubiese respondido el ministro. Quizá mejor. Y charlatanería por charlatanería, por mucho que hable un ministro le gana siempre un peluquero.

Además, los peluqueros suelen estar mejor informados que los hombres políticos, porque no en balde tienen á su disposición, al alcance de su mano, muchas cabezas, y cotizan como nadie las mejores noticias.

No hay hombre grande ante su ayuda de cámara—se ha dicho;—pero menos lo hay ante su peluquero de confianza. El Fígaro que atiende al embellecimiento de D. Pío, sabe mucho más de los asuntos de Estado que el propio ministro, y si los periodistas de San Sebastián, en vez de entrevistarse inútilmente con el gran astorgano, doliéndose de lo estéril de sus informaciones, se hubiesen dirigido á su peluquero, ¡cuántas cosas hubieran podido contar en sus respectivos periódicos!

¿Pues qué, del sentido reformista sociólogo de nuestro insigne Dato, no tuvimos noticia por el artífice capilar del ex ministro?

¿Quién, si no él, nos puso en antecedentes?

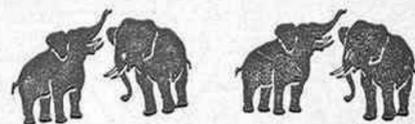
¡Y se comprendel!

¿Cómo es posible que Dato niegue nada á su peluquero, después de las obras maestras que á diario realiza en su cabeza?

¡Es natural!

Cultivad el trato de los peluqueros de los grandes hombres, y sabréis lo que éstos piensan y lo que valen.

Por eso el periodista francés que confundió á un peluquero con un ministro, fué un filósofo más ó menos pequeño.



¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Agradecemos desde el fondo de nuestra alma (y hasta desde la sección de noticias), la fineza del fiscal del Supremo, al enviarnos el día 10 del corriente mes la «Memoria» que ha elevado al Gobierno el día 15, con motivo de la apertura de los Tribunales.

Pero como lo cortés no quita á lo sincero, añadiremos á nuestro agradecimiento la sinceridad de extrañarnos por ese envío. Sin duda, el Sr. Ruiz Valarino nos confunde. Cree que nosotros somos aficionados á esas cuestiones de su competencia; se figura que formamos en el corro de personas de grave aspecto, ceño adusto y lentes de vista cansada, que hablan seriamente de nuestra «Administración de justicia», proponiendo sus reformas correspondientes; piensa, en fin, que nos son familiares esos problemas pavorosos ó entretenidos, según el punto desde el cual se consideran... Y por eso nos remite la citada «Memoria» en demanda de nuestro juicio, si no oral, público, puesto que en público lo han de largar los que lo tengan.

Dicho se está que el Sr. Ruiz Valarino nos hace



EL PESCADOR SENCILLO

(CUENTO VIEJO)

GENEÓN.—PERO HOMBRE, ¿COMO QUIERE USTED PESCAR SI NO PONE USTED CEBO EN EL ANZUELO?
EL GENERAL.—¡A MI NO ME GUSTA ENGAÑAR A NADIE...! ¡EL QUE QUIERA PICAR QUE PIQUE!

con esa tácita suposición, un honor disparatado. Pero nosotros, agradeciéndolo de veras, queremos sacarle de su error declarando que no entendemos una palabra de todas esas cosas. Es más; no queremos entender tampoco. Y justo es que así lo consignemos, pensando que nuestra propia justicia agrada muy mucho al encargado de administrarla.

No; no queremos entender nada de eso, para seguir creyendo que todo es respetable. Conservamos aún la santa virginidad del papel sellado; no conocemos ni siquiera á un solo ciudadano de profesión testigo, ni nos tratamos con ningún miembro del Jurado; huímos de la amistad de los defensores elocuentes, y sólo por compromiso saludamos á un fiscal, y éste, sustituto... Jamás leemos las «Revistas de Tribunales» de nuestros colegas... Y al pasar por delante de las Salesas, volvemos la cabeza al lado opuesto... Quiere decirse que somos total y absolutamente extraños al «mundo judicial» que á visitar nos invita con tanta cortesía el Sr. Ruiz Valarino.

Esas son las razones que nos impiden la lectura de la «Memoria elevada al Gobierno de S. M. en 15 de Septiembre de 1906 por el fiscal del Tribunal Supremo», que hemos recibido cinco días antes de la elevación, como ya queda consignado. Mas como nadie está libre de un mal pensamiento, diremos con tristeza que la hemos hojeado.

En la tristeza de esta declaración no entra para nada el recuerdo de la prosa fiscal, pues si bien es procesable, puede ser absuelta, si se aprecian las distintas atenuantes... La tristeza proviene de lo que hemos sacado en limpio al pasar rápidamente las hojas del primer capítulo, titulado *Observaciones acerca de la delincuencia*.

¡Qué horror...! Estas «observaciones» son una especie de resumen de las «Memorias» remitidas á la Fiscalía del Supremo por los fiscales de todas las Audiencias de España. Y el resumen no puede ser más aterrador. Casi todos pintan con sombríos colores el cuadro de la criminalidad en sus respectivos distritos... La criminalidad aumenta en Almería, en Córdoba, en Málaga, en Tarragona, en Murcia...; toma incremento en Burgos, en Toledo, en Zamora, en Valencia...; crece en Madrid, en Las Palmas, en Zaragoza, en Bilbao...; tiene un aumento considerable en Madrid, en Teruel, en Granada, en Barcelona... No se nota alteración sensible en su tradición criminal en las demás poblaciones... Y sólo hay una, Orense, donde va habiendo pocos crímenes... ¡pero es porque emigran casi todos sus habitantes!

¿Qué es esto, Dios mío...? ¿En qué país vivimos? ¿A qué obedece ese terrible aumento de la criminalidad en España...? Si sólo con hojear esas páginas nosotros mismos nos hacemos tales preguntas—y eso que somos extraños al «mundo judicial»—¡qué de problemas no se encontrarán planteados los que están dentro de tan importantes asuntos!

Hemos bendecido nuevamente al Señor—después de ese pequeño hojeo—por habernos apartado á tiempo de tan peligrosa afición. Y hemos cerrado definitivamente la «Memoria elevada al Gobierno de S. M. en 15 de Septiembre de 1906 por el fiscal del Tribunal Supremo», que recibimos cinco días antes de su elevación, cosa perfectamente gedeónica.

Después de esto, ¿nos creará dispensados el ama-

ble Sr. Ruiz Valarino de darle nuestro juicio...? Agradeciendo una vez más su buena voluntad, sólo le diremos para su mayor inteligencia, que su «Memoria» es excelente. Consta de 132 páginas de buen tamaño, más LXIII de «Apéndices» en tipo menudo y 10 estados apaisados que son, sin duda, interesantes.



Otra tristeza, no menos honda y duradera, hemos sacado en limpio de la lectura del folleto *Los buques de la escuadra*, que nos remite su autor, D. José Moncada y Moreno.

¡Nuestra escuadra de instrucción no tiene más que cinco buques y tres *destroyers*! No lo sabíamos con seguridad. Teníamos, sí, vagas noticias de nuestra modestia naval, pero ignorábamos en absoluto el verdadero alcance de esa modestia. Leyendo este folleto—que está literariamente á la misma altura de escasez que nuestra lista de buques de combate—hemos adquirido tan desagradables noticias.

El folleto está consagrado, como su título indica, á la descripción del *Pelayo*, del *Carlos V*, del *Princesa de Asturias* y del *Río de la Plata*, y los tres *destroyers* de que todavía disponemos: el *Osado*, el *Audaz* y el *Terror*.

Nosotros lo hemos leído con la curiosidad natural, y de su lectura recibimos el provecho consiguiente. Pero esto no es óbice para que declaremos que su autor navega de un modo muy desagradable por «el ancho mar de la literatura...» ¡Qué prosa se gasta el Sr. D. José Moncada Moreno! ¡Sencilleta, pero poco afortunada! Hace agua con bastante frecuencia, y esto es de lamentar. Es una prosa con averías.

Pero como suponemos que el Sr. Moncada Moreno no aspira con su folleto á ganar una plaza de gran escritor, ni siquiera de mediano, y sólo pretende «la divulgación del conocimiento de los elementos de fuerza naval», según indica su prologuista el Sr. Navarrete, nada debe importarle que pongamos esos reparos á su meritoria labor.

¿No anhela que «conozcan todos los cartagenos lo que á nuestra escuadra se refiera?» ¡Pues ya lo ha conseguido! Y algo más; porque nosotros, que no somos de Cartagena, podemos hablar de esas cosas gracias á su obrita «amena y provechosa».

¡Qué diantre! Se pueden saber muchas cosas «de Marina» y no saber escribir con galanura, con estilo, ni aun con claridad... El mismo Ilmo. Sr. D. Adolfo Navarrete, que ha puesto un prólogo al folleto, es un jefe de la Armada enterado, sin duda alguna, de todos los asuntos de su competencia... Y sin embargo, ¡caramba! ese prologuito, aun siendo corto, es bastante flojillo.

D. Adolfo no hace un punto ni para un remedio en ninguno de sus párrafos. ¡Y las oraciones gramaticales están á punto de naufragar en tan larga travesía!

Todo esto será un consuelo para el Sr. D. José Moncada Moreno, si acaso le desconsuelan nuestras modestas observaciones. Y más le consolará que le digamos con toda formalidad que no creemos capaz al Sr. Alvarado, actual ministro de Marina, de escribir esas descripciones de *Los buques de la escuadra*... ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: ¡porque no los conocel

A nuestro juicio, el autor del folleto tiene muchas más condiciones para ocupar ese ministerio que su actual disfrutador... Y también es «hombre civil» el Sr. Moncada: lo que le pone en inminente trance de candidatura.



... y armas al hombro

El asunto más importante, entre los pocos que llenaron la semana pasada, ha sido la Pastoral del obispo de Tuy.

Valeriano no es la única autoridad eclesiástica que ha censurado al conde de Romanones por su famosa Real orden, pues también lo han hecho el obispo de Guadix y el arzobispo de Zaragoza.

Pero el de Tuy ha dado más que hablar, porque también fueron más duros sus ataques.

¡Vaya unas frasecitas episcopales!

Leyendo algunos párrafos de la Pastoral cree uno leer varios trozos del *Diario de Sesiones*.



Ella podrá tener ó no tener efecto; pero popularidad, ¡pocos documentos la lograrán tan grandel

Desde que salió en el *Boletín* correspondiente hasta la fecha, esa Pastoral se ha publicado ya más veces que los refranes de Sancho Panza.

Después de la de Beethoven, no conocemos otra Pastoral que haya tenido tanto éxito.

La publican los periódicos que comulgan en las mismas ideas.

Y la publican también los que no comulgan en esas... ni en las otras...

Estos, á título de indignados, se la colocan á sus lectores para hacerle un flaco servicio á Romanones.



Tomará el conde las graves medidas que nos anunciaba?

¿Se sentirá enérgico, como nos decía, en la aplicación del correctivo correspondiente?

¡No lo creemos!

Apuntemos, para terminar el asunto, que el ministro de Gracia y Justicia se ha pasado de listo en esta ocasión.

Su Real orden no ha gustado á los unos ni á los otros.

Para aquéllos, fué un pelo del lobo...

Para éstos... un lobo sin pelo.



Nuestra opinión?

¡Gedeón la expondrá en las Cortes—cuando se abran,—siguiendo el ejemplo de todos los hombres públicos!

Para eso es diputado por Madrid, y para eso tiene la lengua tan limpia como tuvo el acta...

Sólo dirá, como un avance del discurso que piensa pronunciar en el Parlamento, que ha encontrado oportunísima la idea de un diario de la noche que reprodujo, como comentarios á la Pastoral, palabras de monseñor Fuzet, de Bossuet, de Albert, de Broglie y de Guilbert.

Ellas son de paz y de concordia, como inspiradas en el Evangelio...

Ellas son el verdadero texto que debe invocar toda autoridad eclesiástica...

Resulta, pues, que el obispo de Tuy se ha conducido fuera del texto...



Será ésta la señal de la lucha que se prepara entre ambas potestades, según anuncian ciertos pequeños alarmistas?

¡Quiá...! En primer lugar no existe semejante lucha, ni nada que la haga temer en nuestro país.

Ya sabemos lo que se dice en el otro campo, y de ello puede deducirse que en éste sólo se hará lo que buenamente les dejen hacer, que no es mucho, gracias á Dios.

Por eso nosotros nos reímos tanto de todos esos anuncios radicales, como se ríen los que están en el secreto...

Sí, señores; sépanlo cuantos lo ignoren...

El terrible anticlericalismo de este espantable Gobierno, será un anticlericalismo con licencia del ordinario...



Para facilitar esta solución, ya se ha nombrado ¡por fin! el embajador de España en el Vaticano...

Después de tanto esperar, después de tantas candidaturas y de tantas fantasías, el Gobierno ha provisto ese cargo casi por sorpresa... ¡pensando en reventarnos la caricatura de este número!

Sentimos mucho que el general no se haya salido con la suya.

Nuestra magnífica caricatura *El pescador sencillo* no ha perdido nada de su intención ni de su oportunidad con el nombramiento.

Ha picado uno de los pececillos, es cierto....

Pero ¿acaso el pescador puso cebo en el anzuelo?



Claro se ve el propósito del Gobierno al enviar á ese cargo á un digno funcionario del Cuerpo Diplomático, y no á un hombre político, como era de presumir y nosotros esperábamos.

Los asuntos pendientes se resolverán con mas diplomacia que política.

Y aunque detrás del diplomático esté el mismo Gobierno, ya sabemos lo que es esto en realidad...

Precisamente un Gobierno que está detrás de alguien, tiene que resultar á la fuerza invisible ó poco menos.



No ponemos ningún reparo al nombramiento del Sr. Ojeda para tan difícil cargo...

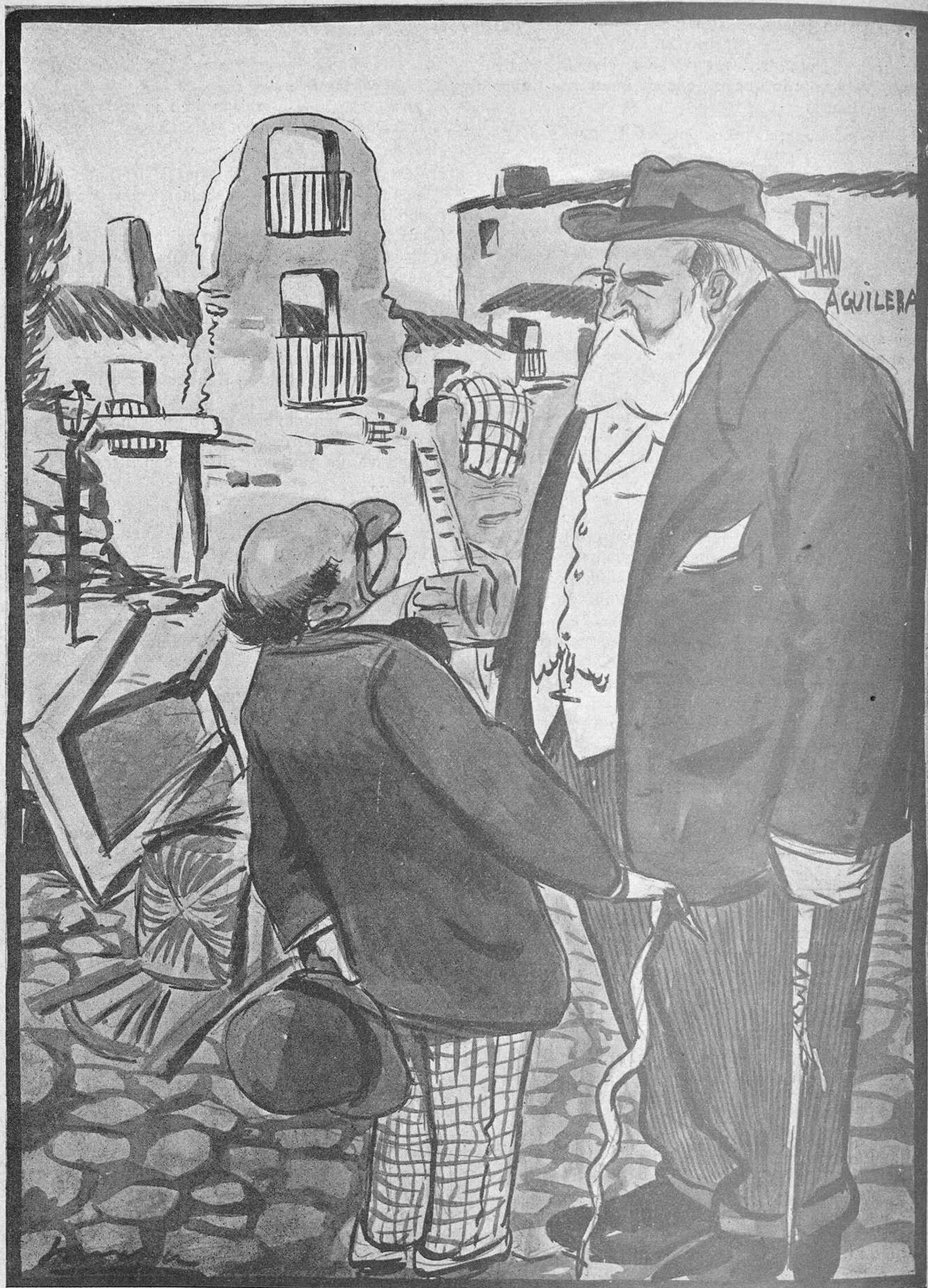
Sólo recordaremos que tan inteligente diplomático ha estado en el Japón, en Washington, en Tánger, en la comisión del Tratado de París... ¡Siempre donde hubo algo que lamentar...!

Claro es que no tuvo él la culpa de tales coincidencias; pero ¿no es cierto que parece tener muy *mal arate*, que decimos los supersticiosos?

¡Quiera Dios que ahora se rectifique!

De todos modos, repitámosle una frase que le dedicamos en otra ocasión:

¡Mucho Ojeda, señor ojo...! Es decir... ¡mucho ojo, Sr. Ojeda!



RUINAS MEMORABLES

EL ALCALDE.—AQUI FUE EL FAMOSO BARRIO DE LAS INJURIAS...

GEDEON.—¿Y QUE PIENSAN EDIFICAR SOBRE ESTAS RUINAS?

EL ALCALDE —EL NUEVO PALACIO DE LOS CUERPOS COLEGISLADORES.